



LETRAS:

GUAYAQUIL: Dos oleajes

Por: Othon Muñoz

Guayaquil es como un río. Se van los viejos oleajes. Vienen sus altas mareas. La correntada sube y baja. Se mantiene un inquietante fluir de idas y venidas... También las gentes vienen y se van. Las costumbres cambian de gestos. Y los gestos, de lenguaje. Los vecinos también se van... Sólo quedan las huellas de aquel pasado tan cerca y lejos a la vez-, cual semillas del futuro regadas sobre el camino...

Pero nos queda todavía en Guayaquil una generosa manera de ser. Esa franqueza olímpica, y ese dinamismo que contagia. Nos queda su ser extrovertido, parlanchín, eufórico. Y sus ganas de gritar, de correr y de beber con enorme alegría contagiante. Y, como es un puerto -abierto al corazón de la vida-, los pasillos de antaño navegan entre una cerveza y el astillero de sus gentes...

LA CIUDAD FANTASMA

Dos ciudades navegan en el mismo río. Hay un Guayaquil invisible que transita como un fantasma en el agua del recuerdo. Y, otro, que surge tangible y bullente como oleaje embravecido.

La ciudad fantasma es hoy ese Guayaquil de comienzos de siglo. Aquella ciudad - abuelita que se acostaba rezando y amanecía viviendo largas procesiones y zahumerios. Después, corría al mercado, llenaba canastos y a encender el "fogón", a preparar su ollita típica de "caldo de bola de verde", el "sancochito" rico, los "tamales", las ayacas o los insuperables pos-

tres de "dulce de pechiche" y "fruta de pan cocinaa"... Ese fantasma de ciudad tranquila es todavía una leyenda por nuestras calles. Aún sus faroles alumbran con el gas de antaño las memorias de nuestros "viejos". Hasta se escucha en el do, el dulce traquetear de los tranvías de cinco centavitos y el lento viaje largo por las calles 10 de Agosto. Pedro Carbo, Julián Coronel...

La ciudad fantasma vive palpitante en aquellos abuelos que aún conservan sus sombreros "tostada" y sus resplandecientes "leontinas de oro", sus bien planchados ternos de lino blanco y sus bastones. Todavía corren frescas las risas de aquellas muchachas en flor de primavera que jugaban carnavales con globos y sempertinas... Ah, los terribles bailes de la "cuadrillas", "polkas" o los consabidos "amorfinos". Entonces, toda la gran preocupación juvenil era agradar a las dulces damitas del pensil guayaquileño, con guitarra en mano, bajo el balcón, a la luz del farol...

CORRIENTES DEL TIEMPO

Pero la correntada del tiempo es enérgica y se lleva arrastrando todo aquello que aún vibra en las notas del pasillo costeño. Un devenir que se fue acelerando con la prisa del coche tirado por mulas.

Y luego, se volvió fuerza eléctrica en los tranvías. Después, automóvil y servicio urbano de buses...

Entonces fue cuando de la correntada comercial mercantil, nacimos a la pequeña industria. Del oleaje artesanal saltamos a la velocidad de las máquinas. La ciudad que se movía a pasos tiernos, rumorosos, escondidos tuvo que embarcarse en un andar de gran velocidad tecnológica. Y el río fue cambiando. Muchos se fueron quedando a lo largo del trayecto... Los

recuerdos aún continúan con vida entre el agitado cauce del correntoso río y el irreversible hallazgo del presente.

LA CIUDAD QUE EMERGE

Para muchos el tiempo debió haberse detenido en el Guayaquil de los años 30. Pero hubieron remolinos y agujajes que todo lo cambiaron... Así, luego de que el mercado de la mágica "pepa de oro" vislumbraba una época, fue barrida por la "escoba de la bruja" que hizo fracasar algunos negocios y en el que hasta "rancias familias" se desmoronaron. Llovió luego la angelical producción arrocerá. Y, después, comenzó una esperanza bananera.

La acelerada forma de producción agro-exportadora costeña dio un giro de río vertiginoso en la economía de la urbe. El puerto comenzó a ser estrecho para tanto caudal de gentes y de intereses. La oferta y la demanda trajinaban bajo el sol de la bonanza. Y ese fue el rostro emergente, un cuerpo presente, la ciudad cambiante...

El impetuoso carruaje de la economía echó a andar sus motores por nuestras calles. Un "capitalismo dependiente" comenzó a fluir. Del interior de la República se inició la migración. Guayaquil resultaba ser la fuente mágica donde apagar la sed de trabajos y ganancias. Y es cuando pernoctan nuevos ritmos, costumbres distintas, gestos del interior y del exterior, inversiones de hallazgos que vinieron a navegar por sus calles. Entonces, las viejas embarcaciones habían partido ya, o habían anclado para siempre en los astilleros del pasado. Finalmente, en la era del 70, se inicia la hechicería del "oro negro" que todo lo estiraba, agrandaba y plastificaba. Y esta "siembra de petróleo" se hace en un acelerado oleaje... Hay quemazón de antiguas viviendas. Se incendia las costumbres del ayer. Hasta que se van cayendo las ebrias casitas de madera y zinc, los barrios de polvo y grietas...

Emergen los gigantescos incisivos de la urbe: sus edificios de hormigón armado. Se liquida la caña gadúa de las viviendas populares. En cambio, surgen las ciudadelas, satélites de anhelos colectivos. Y el viejo caserón del Guayaquil antiguo se va alejando cual fantasma dando paso al casco comercial y financiero.

VOCES EN EL RIO

Ahora un fantasma cruza por las calles de mi ciudad con sus barbas encharcadas de recuerdos. Y esa viejecilla ciudad de antaño se da de bruces contra los nuevos edificios. Aquí los altos bancos; más allá, las gordas oficinas comerciales; por acá, las robustas propiedades horizontales. Y el poderoso río crece, sigue creciendo, creciendo hacia arriba. Altas mareas de 15 a 20 pisos se riegan por doquier. El hormigón se adueña del espacio. Y hasta los viejos "altares sagrados" de madera labrada se vuelven más fríos, más duros, más impersonales. Ya no quedan sombreros "tostada", "bastones" ni "monóculos", pero existe la ropa unisex, el pelo unisex y hasta la unisex forma de ser.

Mientras allá, por los sectores marginales, todavía navega la ciudad fantasma. Hecha de polvo y sueños, de arrugas y necesidades: aún mantiene el raudal del pasado. Aquellas casuchas levantadas al apuro, o las "invasiones" del manglar y sus habitantes famélicos; la suburbana vivienda del obrero, del artesano y del humilde que no encuentra trabajo, son los rostros del fantasma que navega . . . Y esas débiles viviendas donde sueña la miseria, desafían sin pereza alguna a los rivales edificios de la ciudad presente . . .

Y en esta perspectiva humana, Guayaquil sigue creciendo con dos oleajes en un mismo río: La ciudad fantasma del ayer inclinada al suburbio y la ciudad que emerge con nuevas voces de concreto y vidrio. Se unen para golpearse y suenan como dos voces ebrias, por el ancho cauce de la historia. Mientras tanto, ¿qué leyendas nuevas nos teje la urbe? ¿Qué viejas anécdotas

aún navegan en el humo del recuerdo? La ciudad vieja y la ciudad nueva son dos correntadas de un mismo río. . . Por eso, si nos acercamos al secreto del Guayas, podremos escuchar en torrencial vivencia, aquellos versos de Wenceslao Pareja que, en cada oleaje, nos repite:

**“La voz del Río es lenta,
la voz del Río es grave,
el Patriarca barbudo
viejas historias sabe” . . .**